

que denominamos Dios se autocomunica al hombre como su salvación. La obra de Rahner, ... no habla en realidad de otra cosa».

A grandes rasgos, he aquí los puntos principales del pensamiento de Rahner:

1. Una tendencia apofática en el método: no es posible encerrar a Dios en conceptos; cualquier teología debe revestir una doble túnica de humildad y provisionalidad.

2. Un enraizamiento antropológico como punto de partida para la teología: el hombre, con su innominada experiencia de no-plenitud, está abocado y posibilitado para reconocer y aceptar la autodonación de la Trinidad.

3. Finalmente, la incomprendibilidad de Dios como dimensión intrínseca de su autocomunicación: cuando el Misterio Absoluto se nos da, y le captamos intelectual, volitiva, y vitalmente, sigue siendo en todo momento un Existente que desborda nuestra receptividad creatural.

La enumeración que acabamos de hacer recuerda también ciertos aspectos del pensamiento de Rahner que han sido objeto de crítica por otros autores, como son, p. ej., una posible des-dogmatización o des-tematización de la fe cristiana, en aras del «apofatismo» teológico; y una minusvaloración de lo histórico-concreto tan propio del misterio cristiano, en aras de una abstracción antropológica (críticas de H. Urs von Balthasar y de W. Kasper).

El autor parece dejarse llevar a veces por el afán de hacer apología de Rahner, citando (cfr. pp. 388-389) objeciones de forma somera y pasando a defender al teólogo alemán. Quizá hubiera estado más en consonancia con un aspecto que parece haber detectado

en el mismo Rahner, si hubiera dialogado más con objeciones al sistema rahneriano, ya que éste se autodefinía como inconcluso y provisional.

J. Alviar

Avery DULLES, S. J., *The Priestly Office. A Theological Reflection*, Paulist Press, New York-Mahwah 1997, 81 pp., 20 x 13,5, ISBN 0-8091-3716-X.

Avery Dulles, profesor de Religión y Sociedad en la Fordham University (Bronx, New York) se ocupa, en este texto de alta divulgación, de lo que considera central para la identidad y misión del sacerdote. Sin ahorrarse valoraciones, toma posición ante alternativas «diluyentes» y replantea cuestiones teológicas con acierto. Además de examinar los planteamientos de H. Küng, E. Schillebeeckx y L. Boff, muestra, en perspectiva histórica, el esfuerzo por evitar que el sacerdocio ordenado se reduzca a un mero ministerio funcional, y por comprender las relaciones entre los «ministerios» de Cristo (profético, sacerdotal y real). Desde las perspectivas de K. Rahner, H. U. von Balthasar, J. Ratzinger, Pablo VI y Juan Pablo II, que en principio acentúan el ministerio de la palabra, pasa a O. Ssemelroth y J. Lécuyer —que subrayan el culto—; y luego a W. Kasper, J. Galot —y en cierta medida H. U. von Balthasar—, como autores que se centran en el ministerio pastoral.

Alude a la relación del sacerdote con los «problemas humanos», en un momento histórico —el actual— en que sigue peligrando la identidad del sacerdote y la «dimensión vertical» de su misión, a causa de la dispersión de tareas en las que el sacerdote puede verse envuelto, la creciente seculariza-

ción, el olvido de la disciplina espiritual, y un interés unilateral en los aspectos temporales y sociales del ministerio. A partir de la tradición y los textos del Vaticano II, Dulles defiende la centralidad del aspecto sacramental (reduplicativamente sacerdotal) en la misión del sacerdote. Piensa que en las últimas décadas en la teología católica se ha disminuido la importancia del aspecto sacerdotal del ministerio, lo que «ha sido parcialmente responsable de la crisis de identidad sacerdotal y de la escasez de vocaciones en partes del mundo donde la secularización ha ido más lejos» (pp. 43 s.).

Sugiere fomentar «un vigoroso movimiento de renovación espiritual» (p. 11) entre los cristianos, mediante el sacramento de la reconciliación y la dirección espiritual; abandonar la primacía del activismo dedicando tiempo a la promoción de la santidad de los fieles y a la formación básica sobre las exigencias morales del cristianismo («los Cristianos Evangélicos y los Musulmanes están obteniendo gran número de convertidos en parte porque insisten en más altos standards de moral que los católicos», p. 61); tomar conciencia de que el sacerdocio es un «servicio» permanente, que pide el esfuerzo personal por alcanzar la santidad, a través de la oración y la confesión del propio sacerdote; cuidar el buen ejemplo y la conducta por parte de obispos, sacerdotes y religiosos; fomentar el culto eucarístico, también fuera de la Misa. A su entender, el clamor por un clero casado y a favor de las «ordenaciones temporales» procede sobre todo de sectores en los que el radicalismo del evangelio ha sido diluido. Un libro, como se ve, que reúne brevedad y calidad, y del que se puede sacar mucho provecho.

R. Pellitero

Gilles EMERY, *La Trinité Créatrice*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris 1995, 590 pp., 16 x 24 cm.

La obra de Gilles Emery estudia un tema específico e importante de la historia de la teología: Dios como Trino y Creador, según la formulación del joven Tomás de Aquino (en el comentario a las *Sentencias*) y sus predecesores S. Alberto Magno y S. Buenaventura.

Emery estudia sucesivamente y con detenimiento las doctrinas de los tres escolásticos, identificando las líneas maestras de sus construcciones trinitarias, y apuntando las diferencias entre ellas. Salen así a la luz algunas conclusiones importantes:

1) En primer lugar, la confluencia, en Sto. Tomás, de líneas procedentes de S. Alberto Magno y de S. Buenaventura. El Aquinate, según Emery, asume la elaboración comenzada por S. Alberto en torno a las relaciones y procesiones trinitarias, basada en una consideración de los nombres de las Personas divinas. Sto. Tomás recibe de S. Buenaventura la especulación en torno al papel de la voluntad divina en las procesiones intratrinitarias y en la acción creadora.

2) En segundo lugar, la constatación de una conciencia, por parte de los tres escolásticos, de un fuerte nexus *mysteriorum*, entre Trinidad y Creación. Dos formulaciones ofrece Sto. Tomás para explicitar este nexus: la más conocida, la unidad de la Trinidad en sus obras *ad extra*; la menos conocida, pero no menos importante, la procesión de las Personas divinas como fundamento (*causa y ratio*) de la procesión de las criaturas.

Esta última regla, que según Emery llega a las profundidades del misterio